



PATERNIDADES QUE TRANSFORMAN:

reflexiones sobre las masculinidades
y las formas de ser padre



Gobierno de
México

Educación
Secretaría de Educación Pública

**Bachillerato
Nacional**



Gobierno de
México

Educación

Secretaría de Educación Pública

**Bachillerato
Nacional**

Introducción

Como parte de las fechas conmemorativas que impulsa la Coordinación Sectorial Académica (COSAC), y en atención a su relevancia para las trayectorias educativas desde el inicio de la escolaridad, estas celebraciones suelen asociarse con los festejos, la emotividad y la felicidad. Sin embargo, también constituyen una valiosa oportunidad para promover la reflexión y el pensamiento crítico, en concordancia con los planteamientos del Modelo Educativo 2025.

Este boletín relativo al Día del Padre tiene la finalidad de reunir diversas voces, experiencias y narraciones en torno a las paternidades, por ello, se recopilaron testimonios de padres, hijas e hijos que reflexionan sobre la huella que deja el vínculo construido entre ellos a lo largo de la vida.

El Día del Padre comenzó a celebrarse en México hacia la década de 1970. A diferencia de otras conmemoraciones que se celebran en una fecha fija, esta se reconoce cada año el tercer domingo del mes de junio.

Las personas que participan en este proyecto abarcan un amplio rango de edad, de los 27 a los 74 años. Esta diversidad generacional nos permite observar cómo se han transformado las experiencias de la paternidad a través del tiempo. En algunos relatos destacan la provisión económica y el sacrificio silencioso como condiciones explícitas del rol paterno, en otros, sobresalen la corresponsabilidad, la cercanía afectiva y la contribución en los cuidados cotidianos.

Las historias aquí compartidas muestran que no existe una única manera de ser padre. Cada persona enfrenta retos distintos y construye respuestas propias a partir de su contexto y circunstancias. Sin embargo, todas coinciden en el deseo que representa al bienestar de las hijas e hijos y de dejar una huella significativa en sus vidas.

Les invitamos a leer estos testimonios, con la esperanza de que algunos reflejen experiencias cercanas a las suyas o, por el contrario, les permitan cuestionarse: ¿cómo estoy viviendo mi paternidad?, ¿qué prácticas de crianza observadas en otros padres son valiosas?, ¿cuál es el significado que tiene para mí el ser hija o hijo?, etc.

Finalmente, este ejercicio busca compartir, reconocer, revivir y reflexionar sobre nuestras propias experiencias y las diversas formas en que se construyen los vínculos desde las paternidades.

¡Disfruten la lectura!

Aprender a ser padre.

Al principio hay miedos, no sabemos qué hacer, las nuevas responsabilidades nos quedan grandes. Los papás de 20 años todavía tienen algo de adolescentes y muy poco de adultos, queremos ir a fiestas, seguir estudiando y disfrutar la vida. La llegada de una hija o hijo es extraña, parece que se entra en otra dimensión, la responsabilidad es compartida con la pareja. El papá en especial tiene cierto parecido a ser la cabeza de familia o columna vertebral, pues tiene el compromiso de llevar una familia, proveer y llevar un barco a flote, sin saber las dificultades que se encontrará en el trayecto o si llegará a un buen puerto. ¿Una aventura? No lo creo. Tal vez es un camino incierto en el que caminarás y tendrás que poner todo de tu parte para defender a los tuyos de los peligros que se presenten. Eres el principal protector cuando alguien ajeno quiere lastimar a los miembros de la familia, lo tienes en la mira y eres capaz de dar todo, incluso pelear como un León que defiende a la manada.



Foto: Fernando Martínez Arroyo

Ser padre no es demostrar ante los ojos de los demás que puedes, que eres el mejor, el buen proveedor o incluso que eres feliz con cara de "yo no tengo problemas". Ser padre es afrontar los desafíos diarios, ayudar a la pareja con los hijos, desde bebés hasta que sean universitarios. Entrar al rol de igualdad y aportar 50 y 50, y en ocasiones más, porque no solo es ayuda familiar sino responsabilidad compartida. No se trata de decir: "te toca a ti", "hazlo tú", "estoy cansado" o "eso te toca porque eres mujer", no.

Ser padre es abarcar todo el ámbito de la palabra, estar ahí en las buenas y las malas, la ayuda no se ofrece, se actúa ante la problemática y se resuelve, se apoya sin que te lo pidan y se asume la responsabilidad antes del problema. Ser padre no es demostrar que lo eres con todos los galardones, sino demostrártelo a ti mismo con el día a día, con el trabajo diario y la satisfacción de llevar el pan a tu familia para que a tus hijos no les falte nada; disfrutar que un hijo cumpla sus metas; verlos tropezar y estar ahí con tu hombro para que se levanten; verlos titularse. Ser padre es educar hijos que lleven en sí mismos los valores que les inculcaste y que algún día te digan: "gracias pa, por todo, gracias a los dos por ser mis padres". Aunque duela a veces una discusión o un regaño, porque sí, a veces nos duele más a las mamás y a los papás. Esas satisfacciones son con las que me quedo yo como papá.

En lo personal, estoy consciente que nuestros hijos son seres diferentes a nosotros. Son seres humanos que deben encontrar su propio camino y su propio yo para ser independientes, personas que harán todo lo posible porque sus familias lleguen a buen puerto. Y si los valores inculcados fueron buenos, ellos también los inculcarán a sus hijos. Espero que, cuando lleguemos a faltar por naturaleza de la vida, se queden con la idea de que por lo menos lo intenté, hice lo posible, entregue cuerpo y alma para ellos. Estoy seguro de que ellos también lo harán con sus hijos.

Por último, ser padre es una oportunidad para amar a alguien que Dios te presta para que lo forme con las cualidades que él mismo te dio y los valores que aprendes en la vida, y que no debes esperar nada, sino solo hacerlos felices. Las satisfacciones son algo propio, algo que no se dice, algo que se siente, algo que es tuyo como papá y que al final tu evalúas si hiciste buen trabajo o no. Claro, con ayuda de tu pareja, la cual es primordial para la crianza.

Testimonio 2. José Ismael Castillo Morales (74 años)

Testimonio de ser padre.

En algún momento de mi vida tuve que tomar una decisión muy importante cuando mi hijo, Alberto Ismael Castillo L., de 8 años, me dijo que quería vivir conmigo, ya que su mamá y yo nos acabábamos de divorciar. Después de algunas maromas legales finalmente se quedó a vivir conmigo. En ese momento entre en shock, pensé: "¿Qué voy a hacer con mi hijo?".

Yo vivía solo sin ninguna posibilidad de que alguien me ayudara y me negaba a la idea de que lo cuidara alguna persona extraña. La decisión fue renunciar a mi trabajo y volverme independiente. En ese tiempo yo estaba compitiendo por la subdirección de informática en mi trabajo, pero era un puesto que demandaba tiempo completo y solo por eso no era una opción.

Después de batallar un poco empecé a dar cursos de informática en un banco, de 8:00 a 12:00 hrs en la mañana y de 18:00 a 20:00 hrs por la tarde. Con este horario yo podía recoger a mi hijo de la escuela, comíamos juntos, incluso, tenía el tiempo para llevarlo a clases de piano y de natación. Nunca falte a sus recitales de piano, ni a sus clases y competencias de natación. En las noches, mientras yo preparaba mis cursos, él hacía sus tareas; nunca hubo regaños, solo acuerdos. Siempre lo eduqué con el ejemplo: el mejor maestro es el ejemplo.

Yo me organizaba y él también lo hacía, éramos como dos amigos, cada uno con sus proyectos. Siempre estuve presente, hoy en día les comparto que me siento orgulloso porque él es un buen hombre, con bases y principios, con un buen desarrollo profesional y académico, tiene Licenciatura en piano y Doctorado en Ingeniería.

Sé que estarán pensando que no es tan fácil trabajar y cuidar a un hijo, pero tú decides en que vas a trabajar o a qué te vas a dedicar para tener ese tiempo insustituible para tu hijo y su desarrollo. Si tú piensas que no se puede, pues ya lo decidiste. Sin embargo, si piensas que sí se puede, recuerda que: los pensamientos se vuelven actos.

Testimonio 3. Lisbeth Ramos (35 años)

Paternidades que dejan huella.

Crecí siendo hija de una madre soltera y de un padre que, aunque no vivía con nosotras, siempre buscó la manera de estar presente durante una parte importante de mi infancia. Soy la hija de en medio: mi hermana mayor me lleva ocho años y mi hermana menor es dos años más chica que yo. Durante aproximadamente diez años conviví con mi papá de distintas maneras; a veces en persona, otras a través de llamadas o detalles que me hacían sentir que estaba pendiente de mí. Cuando estaba cerca, yo sabía que podía contar con él y eso me daba tranquilidad.



Foto: Lisbeth Ramos.

Con el tiempo, él se fue a Estados Unidos y la comunicación comenzó a perderse. En mi adolescencia esa ausencia pesó mucho más. Mi mamá enfermó y en casa tuvimos que asumir responsabilidades que, quizá, no correspondían todavía a nuestra edad. Aprendí a apoyar en las labores del hogar, a resolver problemas y a entender que muchas veces la vida obliga a crecer antes de tiempo.

Aun así, no recuerdo a mi padre desde el resentimiento. Su ausencia dejó preguntas y momentos difíciles, pero también me ayudó a construir fortaleza, empatía y una gran capacidad para salir adelante. Entendí que las paternidades también marcan por lo que alcanzan a dar y por lo que dejan pendiente.

Hoy, a mis 35 años, sigo pensando que una figura paterna presente puede transformar profundamente la vida de una hija o un hijo. Y aunque mi historia tuvo vacíos, también tuvo recuerdos valiosos que conservo con cariño. Parte de mi esfuerzo por mejorar, crecer y seguir avanzando nace de la esperanza de que algún día pueda volver a ver a mi papá y contarle en la persona en que me convertí.

Testimonio 4. Leo Ayala

El reflejo.

Ese sábado, Oli y su mamá se encontraban en la mesa de la casa haciendo la tarea de la escuela. Yo estaba leyendo en el sillón de la sala, de repente, empezaron a discutir porque Oli ya quería irse a jugar sin terminar la tarea. En un momento, donde creció el enojo de él, grito: “¡Maldición!”, y se paró gruñendo de la silla en la misma forma, con los mismos gestos y en el mismo tono en que yo lo había hecho unos días antes, cuando estaba muy enojado por algo que pasó con el carro. Acto que Oli presencié sorprendido. El reflejo fue tan nítido, que me ayudó a entender que sin duda los niños aprenden a relacionarse con el ejemplo que le da su familia, en este caso del ejemplo del papá. Paternar es cuestionar y cuidar tus acciones; cómo tratas a las personas, a tus amigos, amigas, a tu pareja; cómo tratas a la naturaleza o a los animales; si ayudas o no en casa o si respetas a los adultos mayores, ya que en todo momento hay alguien observándote y aprendiendo con tu ejemplo.

¡Madres, soy papá!...

Para mí ser padre inició mucho antes de que naciera mi primera hija. Incluso antes de elegir buscar el embarazo. El viaje comenzó al cuestionarme si quería serlo o no. Porque paternar, idealmente, requiere deseo y voluntad profunda de dedicar una buena parte de la vida propia al acompañamiento y orientación de la vida de otra persona. Implica, por un tiempo, vivir para alguien más y no todo mundo es consciente de ello.

Convertirse en padre conlleva muchas dificultades: reinventar la rutina cada vez que la cría cambia de etapa; encontrar energía para insertar secuencias nuevas en el mismo espacio temporal que antes; atenderse en pareja cuando ambas personas atraviesan procesos y duelos individuales y profundos que no se pueden poner en pausa...

También hay muchas sorpresas: la de ver a mi pareja convertirse en madre paulatina y súbitamente al mismo tiempo; la de ver nacer en mí aspectos que desconocía, como la capacidad de hacerme cargo de otra persona; la de tener relámpagos de consciencia en los que te cae el veinte: "¡Madres, soy papá!". Pero, sobre todo, la sorpresa de la intensidad de amor y devoción que uno puede sentir por alguien a quien ni siquiera conoce.

Muchas cosas que vale la pena preguntarse y preguntarle a la pareja con anticipación: ¿Hay la disposición de enfrentar todo eso?

Corresponsabilidad en los cuidados

En mi caso, llegar a casa no significa descansar sino el comienzo de la segunda jornada: jugar con las crías, cubrir sus necesidades, preguntar por su día, hablar con ellxs, avanzar en las labores del hogar, etc. La repartición de actividades de la crianza en buena parte no fue orgánica sino planificada, porque ambos partimos del reconocimiento de que, como hombre, he estado envuelto en privilegios con respecto a mi pareja desde la infancia. Por lo tanto, hemos asignado activamente tareas que tradicionalmente recaen en la mamá: cambiar pañales, asistir a citas médicas, ser el contacto principal de la escuela. Lo hacemos porque conscientemente queremos dejar de

normalizar que las mujeres dediquen más de su vida a los cuidados que los hombres.

Es imposible que ambas partes le entremos a los cuidados desde el inicio en igual medida cuando nuestras experiencias han sido tan distintas. Pero a los papás nos corresponde hacer esfuerzos constantes por renunciar a las comodidades que nos dan la ignorancia y la inexperiencia, y tomar cada vez más espacio y acción en la crianza, no solo en aquello con lo que estamos cómodos. Porque, aún con las decisiones conscientes que tomamos, lograr que la carga mental se empareje sigue siendo un reto de todos los días. Desarrollar una perspectiva de género en la vida en pareja no es una solución automática; sin embargo, es fundamental.

Paternidades presentes

Mi papá era una persona muy emocional, pero aprendió a ejercer su emocionalidad solo en los momentos que lo excusaban socialmente. La racionalidad era su marca y siento que nunca lo llegué a conocer del todo.

A mí me ha costado mucho aceptarme como hombre altamente sensible, pero ha sido sumamente liberador. No me oculto de mis hijxs para llorar. Por el contrario, les explico que soy una persona que llora con facilidad y que eso no significa que esté triste, sino que mis sentimientos están muy activos. Ellxs muestran empatía y no se asustan de esa faceta mía. El papá que pone límites en ciertos casos también llora y pide perdón en otras.

Uno de los objetivos que tengo como padre es que mis hijxs me busquen en lugar de esconderse de mí si un día se encuentran en una situación de peligro de la que no sepan salir. Solo el tiempo dirá si lo logro, pero para ello procuro no juzgar sus equivocaciones ni sus exabruptos —derramar líquidos, caerse por subirse a donde se les advirtió que no, romper cosas por accidente, hacer berrinches— y hacerles saber que a todas las personas nos pasan, acompañarles y tratar de orientarles en mejores formas de actuar la próxima vez.

Paternidades diversas

Uno de mis mejores amigos fue forzado a ejercer una paternidad monoparental, pues, cuando su hija tenía apenas tres meses de edad, la mamá fue víctima de feminicidio. Su hija, al igual que lxs míxs, han crecido en un entorno de crianza colectiva, pues abuelas y tías son personas presentes, significativas y que representan autoridad, compañía y cuidado todos los días.

Aunque es necesario visibilizar a profundidad experiencias como la suya, no me corresponde. No obstante, desde los puntos que puedo encontrar en común, hay algo que creo importante reflexionar: a veces se habla de la crianza como si le correspondiera únicamente a mamá y papá. Sin embargo, creo firmemente que asumir a las infancias como “nuestras” en colectividad conlleva la formación de seres que se saben arropados por su manada y con perspectivas diversas. Tiene complicaciones, claro. Pero también tiene ventajas.

Conciliación entre trabajo y vida familiar

Como lo mencioné al inicio, comprometerme con el cuidado de personitas nuevas implicó cederle a su cuidado y crianza mucho de mi vida. Sin embargo, aunque en esta etapa elijo ser más selectivo con los momentos que me doy para socializar o dedicarle a un pasatiempo, pues ausentarme implica que alguien cargue con la crianza, también procuro recordarme que mis hijxs merecen un papá feliz y pleno.

Por ello, trabajo en ser consciente de que la etapa que vivo hoy va a terminar en algún momento. Eso me ayuda a ver el futuro próximo con optimismo, a extrañar menos los momentos en que la carga era menor y a poner atención a lo hermoso de las etapas actuales de mis hijxs que no volverán a suceder.

No sé si lo estoy haciendo bien. De seguro no siempre. Pero estoy intentando hacerlo con conciencia, con presencia, y con la certeza de que paternar —cuando nace del deseo real de hacerlo— transforma a quien lo ejerce y a quien lo recibe.

Testimonio 6. Roberto Arejan (Cuarenta y tantos años...)

Los tiempos están cambiando.

“Es un poco extraño encontrar a un papá como usted”, dijo la Doctora mientras preguntaba los antecedentes para el expediente de mi hijo. “Normalmente, cuando relleno el cuestionario y pregunto a un papá, rápido toma el teléfono para comunicarse con la madre o, lo más chistoso, voltea a ver a la niña o niño por si sabe el dato”.

“Me imagino”, conteste, “Pero bueno, por lo menos ahora los acompañamos. Yo no recuerdo que de niño algún varón fuera al médico conmigo, salvo que fuera algo de urgencia. Y no porque no les interesara, pero antes los cuidados y atención de los hijos o menores estaban asignados casi en exclusivo a las mujeres”.

Y así inicio la conversación, mientras la doctora auscultaba a mi hijo, sobre las modificaciones en los roles familiares que nos han tocado vivir. Le comenté de mi grupo de amigos, junto a los que he crecido desde que cursábamos la escuela secundaria: el que se separó de su esposa y se hizo cargo de sus tres hijos (el más pequeño de 3 o 4 años); el que todo el tiempo ordena y reordena su agenda para asistir a cualquier actividad escolar o extraescolar (y que, por cierto, tiene una extraña fascinación por preparar los lonches diarios para la escuela); o el que no cuenta con mucho tiempo libre y no regala ni una “pizquita” de ese tiempo antes de priorizar a su familia. Claro que también hay uno que, cuando compartimos nuestras andanzas en estas dinámicas, sólo alcanza a decir: “A mí no me pregunten, yo solo pago las cuentas”.

Debo confesar que, de no ser por el comentario de la Doctora, no habría reparado en nada de esto. Para mí es hoy tan natural nuestro actuar como padres, como natural eran las formas y roles con las que crecí de “cuidadoras” y “proveedores”. Y mientras escribo esta anécdota para compartirla, recuerdo el título de una vieja canción que Bob Dylan escribió hace exactamente 60 años y que es vigente para cada momento, cada época y cada generación: “The times they are a changin’” (Los tiempos están cambiando).

Mi experiencia como hijo de una paternidad tradicional.

• Crecer con un padre ausente es una experiencia que se me fue aproximando a medida que cursaba los estudios primarios. Crecí en una familia matriarcal donde la abuela era líder y mi madre era proveedora. También crecí con una hermana mayor que yo, ella tenía sus amigos; yo los míos. Las ocasiones en que jugábamos fueron pocas. Crecí en un ambiente rodeado de mujeres. La figura paterna no estuvo presente.

• Conocí a mi padre ya de cinco o siete años. Lo sentía extraño, ajeno, como de otra familia. No se quedaba en casa, se iba y el regreso era una espera interminable. Creo que todo lo que le debe enseñar un padre a un hijo no lo aprendí o lo aprendí de otro modo. Los esfuerzos han sido dobles. La ausencia pesa, es una carga, un lastre o una herida. La propia vida se encarga de devolver la imagen de ausencia de paternidad.

• Es muy distinto crecer con una ausencia por pérdida, que una ausencia por abandono.

• En la ausencia por abandono no hay esa resignación. En mi caso siempre me preguntaba por mi padre.

• Caí en la cuenta de que no iba a estar conmigo, que no tenía su apoyo y eso duele. Viví un periodo de adicción hacia el alcohol por diez años, donde las borracheras eran cada vez peor. Tuve un periodo de internamiento en un anexo de AA, en donde conocí a gente de lo peor, pero esa gente peor cuidaba de sus hijos. Caí en la cuenta de que tenía que seguir sin él. Finalmente, dejé el alcohol por quince años.

• En una sesión de psicoanálisis me hizo ruido lo que me dijo el analista: que varias de mis dificultades y mis adicciones eran por esa ausencia paterna y la búsqueda incesante por encontrarlo. También, que mi figura de Dios como padre era debido a ese padre ausente. Y eso me dolió; iba tras una ilusión.

• Ahora, creo que soy parte de las estadísticas que muestran que México es uno de los países con alto índice de abandono paterno. Eso lo leí en el libro del antropólogo Oscar Lewis: Los hijos de Sánchez.

• Jamás tuve un padre violento, golpeador, alcohólico, holgazán. Creo que eso es lo mejor que me pasó. Hice travesuras, me entregué a lo que quise y sin reproches por parte del papá.

• En mi experiencia como profesor de estudiantes con discapacidad, compruebo esa estadística: la mayor parte de mis alumnos no tiene a su papá y la vida que les espera va a ser difícil, aún más difícil.



Testimonio 8. Alejandro Piñón (45 años)

**El peso del
silencio:**
cuando sobrevivir
es la única forma
de paternar.

Cuando leo los términos de nuestra época sobre paternidades tradicionales o hegemónicas, inevitablemente pienso en mi padre. Bajo la lupa teórica de hoy, él encajaría en ese molde: un hombre que rara vez decía te quiero, que no acudía a festivales y cuya presencia en casa era escasa. Durante mi juventud, como hijo, juzgué duramente esa lejanía emocional.

Con el tiempo y el peso de mis propias responsabilidades, la perspectiva cambió. Mi padre apenas pisó el segundo de primaria. Su realidad no estaba hecha de debates sociológicos, sino de cargar bultos de cemento desde las cinco de la mañana y cuidar ganado hasta el anochecer. Entregó su cuerpo, su salud y sus anhelos a un trabajo que lo molió, literalmente, hasta que un tumor cerebral nos lo arrebató. Su rol en la familia consistía en tragar polvo y agotamiento diario, con tal de asegurar que en nuestra mesa hubiera qué comer. El silencio que yo tanto le re-
criminé no era una postura de poder ni falta de amor; era el resultado de un cansancio físico y mental absoluto.

Hoy, como padre de dos hijos, la vida me ha puesto frente al mismo espejo. Para construirles un futuro he tenido que mudarme de ciudad, enfrentando la soledad y la inmensa carga operativa de ser proveedor a la distancia. Ahora entiendo que hay sacrificios silenciosos que la teoría moderna rara vez alcanza a medir.

A veces, al escuchar sobre los privilegios históricos del hombre tradicional, me pregunto en qué bulto de cemento guardaba el suyo mi padre. Quizá la verdadera transformación no empiece por ponerle etiquetas nuevas a quienes nos antecedieron, sino por ejercer la empatía de mirar las callosidades de sus manos antes de juzgar la dureza de su silencio, de su rol y de su incansable andar.

Hay una imagen de su existencia que guardo con especial celo. Ocurrió en el pueblo, cuando la Caja Popular, de la que yo era empleado, tomó una fotografía de uno de los emblemáticos portales principales para el calendario anual. Es una imagen espontánea, congelada en el tiempo: mi padre aparece de perfil, con ese andar suyo, inconfundible y determinado. No sé si el fotógrafo buscaba esa naturalidad o si mi padre, en su prisa silenciosa, simplemente no se percató. Ni siquiera le importó si su figura quedaba registrada para la posteridad. Prefiero pensar que la lente captó no a un señor tradicional cumpliendo un rol de manual, sino a un hombre que, indiferente a las etiquetas, pasaba por ahí para hacer lo único que la vida le había enseñado con rigor: cumplir con su deber. Guardaré esa foto como la prueba tangible de que, para algunos de esa generación, la única forma de existir y amar fue un andar incansable que nunca necesitó ni buscó de aplausos.

Retrato hablado de mi padre

Mi padre ejerció una paternidad presente. Somos una familia tradicional, tengo algunos recuerdos difuminados que perfectamente podrían ser sueños, pero estoy seguro de que no son reconstrucciones de cosas que me contaron. Cuando mi hermano recién había nacido, mi madre tuvo complicaciones y tuvo que pasar unos días en el hospital. Nada grave. Pero a mí solo me pudieron dejar encargado un par de días, igual y fueron viernes y sábado.

Al tercer día mi padre me llevó a la Alameda Oriente, yo sentí que caminamos muy lejos, porque llegamos a partes de la Alameda que yo no había visto antes. Sentí que descubrí un árbol cuando en el suelo encontré unos conitos color verde crema. Ahora sé que son de eucalipto y que el árbol no es nada raro; es más, hasta es plaga. Pero sentir que estaba descubriendo cosas nuevas junto con mi padre es un recuerdo que atesoro. La Alameda era de los lugares que más frecuentábamos, mi padre siempre ha sido un poco work-a-holic pero los domingos nos los apartaba, era raro que los pasáramos en la casa. Las visitas a las abuelitas eran casi siempre después de la salida en familia.

Durante muchos años, mi padre tuvo un estudio fotográfico ubicado en la casa de sus padres. Después, cuando ellos faltaron, el estudio se mudó a nuestro domicilio. En ese traslado algo se quedó atrás: el cuarto oscuro. A mí me tocó aprender a revelar las fotos ahí, lo hacía durante mis vacaciones de la secundaria; podía hacer todo el proceso, desde tomar las fotos hasta cortarlas ya listas para entregar. Luego dejó de ser necesario tanto rollo por el auge de la fotografía digital. A mi papá le costó mucho tiempo y esfuerzo adaptarse a la nueva metodología. Durante los años analógicos él usaba una especie de restirador. Hasta ahora averigüé que se llamaba escritorio de retoque; era un mueblecito con una pared traslúcida sobre la que se colocaba la foto, debajo iba un foco que mejoraba la visibilidad para poder retocar a mano. Así mi padre les ponía pestañas a las quinceañeras y le quitaba algún que otro detalle a la gente mayor que al final se iba muy agradecida con el resultado.



A mi papá nunca le gustó Max Steel. Ni le importaba. Tampoco las pistolas Nerf ni el Game Boy. Igual me compró los más chidos en mis cumpleaños. Cuando cumplí 12, me regaló una cámara digital de 5 megapíxeles. En ese entonces era un logro técnico cada que una cámara ganaba un megapíxel y eso venía con un pequeño salto en el precio. Con esa cámara le tomé una foto en blanco y negro donde él estaba retocando una foto en la cocina de la casa de mi abuelita; aparecía sentado en una silla, agachado sobre el escritorio de retoque, eran como las 5 de la tarde y el sol entraba en un ángulo de 45 grados. Me pareció que la imagen tenía muy buena composición, y que el blanco y negro era un gran acierto con ese juego de luces.

Luego escuche a mi padre decir que mi abuelita le pidió una foto cuando estaba muy enferma y él le dijo: “no se la voy a hacer, porque ya se para que la quiere”. De lo mucho que me había gustado la imagen de mi padre retocando, se me pasó por la cabeza que así quería recordarlo. No es nada raro que el cariño que le tenemos a las personas se acompañe del miedo a la pérdida. Una asociación llevó a otra. Así fue como borré la mejor foto que tuve de mi padre. Para que no se muriera.

Testimonio 7. Gilberto A. Nava (35 años)

Yo no quería ser padre.

Yo no quería ser padre. Cuando mi expareja y yo nos enteramos del embarazo, quise huir, a cualquier lugar, de cualquier forma (sí, incluso esa que estás pensando). Tras el alumbramiento, rumié la palabra "filicidio", hasta deshacerla a fuerza en horas de terapia y de desvelos. Después, lavar mamilas y no lavar mamilas fue la medida de mi tiempo (lo mismo aplicó para pañales de tela y ropa diminuta), y seguía sin querer ser padre. Me aterraba la idea de criar un ser humano. Demasiada responsabilidad. Muchísimo espacio para equivocarse y muy poco para el éxito (que parece tener un estándar imposible).

Mi problema de crianza tradicional fue que quise refugiarme en el papel del proveedor para pretextar una ausencia responsable; mi crisis fue que no tenía empleo. Tras incorporarme a las filas del godinazgo y resueltas algunas necesidades primarias, resurgieron cosas que oculté por las urgencias. Llevaba poco más de un año de no querer ser padre y casi la mitad del tiempo enojado con la vida, con la madre de mi criatura, con la criatura y conmigo mismo. Entonces, elegí. Quizá fue la elección fácil (pero lo correcto no siempre debe ser lo difícil, ¿no?), aunque yo no creo que un divorcio sea un paseo en el parque. Ahora puedo afirmarlo: me separé porque quería aislar al asco de persona en que me había convertido, para que mi vástago tuviera un padre (mínimamente) decente.

Todos me dicen que soy un buen papá, pero yo lo dudo (es más, lo niego): la expectativa social está tan baja, que cumplir con la pensión y la visita los fines de semana es suficiente para la calificación máxima. Sé que no soy un buen padre porque, para empezar, ni quería ser padre; hasta la fecha, sigo sin quererlo, pero debo serlo porque ya no se trata (solo) de mí, sino del efecto mariposa que, aleteo tras aleteo, (des)encadena eventos en un tierno corazoncito.

Mi retoño no lo sabe ni lo sospecha, pero lo hará en algún momento (solo deseo que su historia personal sea más clemente conmigo de lo que fue la mía con mi progenitor).

Aprendí perfectamente la lección

Esto me sucedió cuando uno de mis hijos tenía seis años.

Por aquella época se pusieron de moda los Derechos de las Niñas y los Niños (aunque usted no lo crea).

Como muchos otros niños del vecindario, mis hijos se quedaban solos en casa algunas horas mientras nosotros trabajábamos.

Con el tiempo comenzamos a escuchar historias sobre abusos y malos tratos que sufrían algunos menores. Por supuesto, yo no quería que mis hijos estuvieran expuestos a ningún riesgo, así que empecé a buscar alternativas que nos permitieran seguir trabajando y, al mismo tiempo, garantizar su seguridad.

Una tarde fui a una librería en busca de cuentos para mantenerlos entretenidos y evitar que pasaran demasiado tiempo frente al televisor. Además de colaborar con algunas tareas domésticas, tenían una consigna muy clara: la casa debía permanecer limpia y ordenada.

Mientras recorría los estantes encontré un pequeño libro sobre los Derechos de las Niñas y los Niños. Pensé que aquello podría ayudarles a comprender mejor cómo protegerse, así que lo compré sin dudarlo. Durante los tres domingos siguientes me senté con ellos a leerlo y a explicarles sus derechos entre risas, preguntas y botanas.

Tiempo después, un domingo por la tarde, recibí una llamada urgente: la salud de mi madre había empeorado y era necesario llevarla al hospital. Les expliqué a mis hijos que debíamos salir de inmediato para ir a ver a su abuela.

Entonces, el menor de seis años me dijo con toda claridad que no quería ir.

Le respondí que no podía dejarlo solo en casa. Él insistió:

—No quiero ir.

Intenté explicarle que quedarse solo representaba un riesgo tanto para él como para nosotros. Sin embargo, se mantuvo firme, repitiendo una y otra vez que no pensaba acompañarnos.

Como último recurso, le dije que tendría que ir porque era hora de comer. Me miró desafiante y respondió:

—Ya sé calentarme la comida.

No me quedó otra opción que llevarlo conmigo. Mientras avanzábamos hacia el coche, iba protestando a todo pulmón:

—¡Entonces mis derechos de niño no valen!

Y fue en ese momento cuando comprendí que había aprendido perfectamente la lección... aunque quizá no exactamente como yo esperaba.

Testimonio 12. Anónimo (32 años)

No he necesitado de un padre

Soy feliz con mi madre y con quién soy. Me gusta distinguir entre padre y papá. Creo que papá es aquél que te brinda palabras de aliento cuando estás perdido o el que te quiere sin malicia y busca darte parte de su conocimiento para que puedas salir adelante. Mientras que padre es aquél que está presente en tu concepción, pero puede o no llegar a ser tu papá. La pérdida de un padre es algo que puedes ignorar y continuar como si nada, pero la de un papá te deja huella. Así considero la paternidad: como una dualidad entre la acción de concebir y la acción de criar.

Mi papá fue compartido, pese a que fui hijo único. Compartí papá con mi mamá. Para mí, la autoridad siempre fue mi mamá, pero mi abuelito fue quien fungió como mi papá: estuvo presente, pero no muy activo. Como figuras paternas también fungieron maestros, sacerdotes y amigos de mayor edad, a los que tengo en alta estima y ellos a mí.

Si hablamos de cariño y amor, jamás me ha hecho falta, he sido muy amado. Gracias a Dios siempre he tenido un guía que podría fungir, en su momento, como una figura paterna que aconseja a su hijo. En mi experiencia, no he necesitado de un padre y tampoco he tenido la inquietud o el sentimiento de tristeza por carecer de uno. Sin embargo, siempre es reconfortante recordar los buenos momentos con papá.



Foto: Sámano

Testimonio 13. Sámano (31 años)

Pasión que se hereda

Hay muchas cosas que mi papá me enseñó en la vida, pero si hay algo que puedo llevar a todos lados es el amor por el fútbol.

Crecí viendo fútbol, jugándolo y respirándolo. Una de las historias que más me gusta contar es que, cuando mi mamá estaba embarazada de mí, mi papá le pidió una sola cosa: que no naciera en sábado, porque ese día le tocaba jugar. Y, claro, nací en sábado. Años después, cuando mi mamá estaba embarazada de mi hermana, hizo la misma petición: que la niña no naciera en sábado de partido. Y, por segunda ocasión, la nueva integrante llegó en sábado.

Así pasaron los años. Fuimos un sinfín de veces al Estadio Azteca: partidos de domingo en casa, clásicos de México, finales... y el sentimiento siempre fue el mismo. El fútbol no es solo un deporte en mi casa; es algo más, algo que mucha gente no entiende. ¿Cómo puedes cancelar todo solo por un partido?

Y, claro, no era suficiente con verlo: empezamos a jugarlo. Pasamos años en equipos mixtos, con peleas incluidas con mi papá porque, cuando iba a vernos, siempre perdíamos. Después vinieron los equipos femeniles y, en paralelo, la enferme-

dad de mi papá. Hay historias que hoy me dan risa, como aquella vez que nos mandó a jugar, aunque se sentía muy mal, prácticamente en su lecho de muerte. Perdimos ese partido 12-0 y, cuando regresamos, él estaba desayunando como si nada.

A partir de ese momento nos despedimos tres o cuatro veces más. Pero la última fue distinta: decidió hablar con sus hijas sobre cómo cuidar a mi mamá y no dejarla sola. Mientras tanto, veíamos un partido de Pumas contra América. No recuerdo con claridad todo lo que me dijo, pero sí recuerdo que Pumas ganó ese partido.

Una semana después, mi papá falleció. Eran los cuartos de final de la Liga MX Femenil: Tigres contra Cruz Azul. Mi hermana y yo íbamos viendo el partido mientras nos dirigíamos a su cremación. Más tarde, ya con sus cenizas en las manos, quisimos llevarlo al Estadio Azteca; teníamos boletos para el América contra Chivas Femenil. Con la autorización de mi mamá, estábamos listas para hacerlo, pero nuestros planes se esfumaron cuando llegaron nuestras amistades a ver cómo estábamos. No podían entender cómo, después de lo sucedido, queríamos ir al estadio.

Testimonio 14. Alexa Concha (27 años)

Amores que permanecen

Hablar de las paternidades se vuelve un ejercicio complejo cuando esa figura ya no forma parte de nuestra cotidianidad. Sin embargo, nombrar a papá, incluso desde la distancia que impone la ausencia, sigue siendo un acto de amor, reconocimiento, gratitud y memoria.

A lo largo de mi vida aprendí que la palabra “papá” encierra mucho más que un vínculo familiar. La presencia de ese hombre en la vida de un pequeño ser tiene la capacidad de transformar caminos.

Mi padre fue un hombre que me enseñó la valentía de seguir adelante. Un ser humano fuerte, trabajador y comprometido con la vida hasta sus últimos días. De él aprendí que la libertad es una de las cosas más valiosas que podemos tener; me enseñó a confiar en mí misma, a reconocermé capaz y a enfrentar cada situación, sabiendo que siempre contaría con su apoyo para levantarme después de cualquier tropiezo.

Tengo la fortuna de poder hablar de una paternidad amorosa, construida desde el cuidado, la confianza y el apoyo incondicional. Junto con mis hermanos, tuve el privilegio de crecer al lado de un hombre que nos entregó todo y más. Un hombre que honró, en toda la extensión de la palabra, el significado de ser papá.

No siempre es sencillo transitar fechas como el Día del Padre cuando él ya no está. Pero también son momentos que nos invitan a recordar, agradecer y reconocer a quienes marcaron nuestra vida con su amor y su ejemplo. A esos padres que hoy viven en nuestros recuerdos, en nuestras enseñanzas y en cada parte de lo que somos.

Porque hay ausencias que nunca dejan de doler, pero también hay amores que nunca dejan de acompañarnos.

Te amo, papá, y te extraño siempre.

Feliz Día del Padre, Sr. Miguel Concha.



PATERNIDADES QUE TRANSFORMAN:

reflexiones sobre las masculinidades
y las formas de ser padre